



taleros arrojaría respuestas no muy entusiastas. Del mismo modo, no estoy tan seguro de que todas las manifestaciones de la cultura tengan que cumplir los mismos objetivos: expandirse, volverse mayoritarias, llegar a todos los rincones del país. Los problemas que enfrenta el metal se parecen mucho a los de otras expresiones artísticas: espacios reducidos en los medios de comunicación, discriminación por prejuicios, restricciones económicas, desinterés. Y, sin embargo, sigue siendo una alternativa cultural que satisface las necesidades de una cantidad importante de personas, algo que ha logrado, entre otras cosas, gracias a los canales del mercado, lo cual no evita que “comercial” sea una etiqueta con la que nadie quiere identificarse.

Adonde quiero llegar es que hoy día persiste la idea de que la cultura es un paquete —hecho de canon, disciplinas artísticas, obras y nombres— que en su conjunto ennoblece el espíritu, refuerza el vínculo comunitario y contribuye a la paz. Pero la forma en que una sociedad

utiliza las obras artísticas no es algo inherente a las obras en sí; por eso no siempre es inteligente extrapolar los usos sociales de un arte a cualquier otro (la exposición que atrae a veinte mil visitantes no es un modelo a seguir para otras disciplinas, del concierto barroco al espectáculo *clown*). Las obras no necesitan siempre lo mismo para alcanzar su sentido social e incluso algunas pretenden desestabilizar los valores que promueven otras obras artísticas. Y no hay nada que asegure que leer los cuentos de Elena Garro, escuchar la música de Carlos Chávez o presenciar un montaje experimental de *Las suplicantes* ocupen un mismo escalón en el cultivo del espíritu o el bienestar comunitario. Está bien, me parece, que la experiencia cultural funcione en intensidades diversas, sin que se convierta en una lista de tareas para el público. ¿Hay un par de canciones de metal que te parecen apreciables? Bien, nada te obliga a dejarte el pelo largo ni a buscar a la fuerza otros productos culturales asociados

con el género, digamos los escritos del ocultista Aleister Crowley. Pensar en una idea única de cultura, empaquetada y lista para lograr “el crecimiento individual” o “el resurgimiento de México”, es parte del problema más que de la solución. Reducir su función en la sociedad a alguna metáfora salida de un documento oficial —“punta de lanza”, “eje rector”, “centro de un proyecto de nación”— conduce a menudo al conocido diagnóstico de que necesita todo y lo necesita todo el tiempo: recursos, participación, inmuebles, presencia en los primeros años de la educación formal. Quizás una buena idea de política cultural tenga que ver con indagar las posibilidades concretas de cada disciplina, de cada obra y cada comunidad. Y convencernos de que recurrir a esas coordenadas para hablar de LA CULTURA no la restringen, ni vuelven sus alcances menos ambiciosos, sino que hacen posible su realización. —

**EDUARDO HUCHÍN SOSA** fue miembro de una banda de *black metal* y ahora lo es de la redacción de *Letras Libres*.